

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

un hombre que no iba a morir

NADA hay más trágico que la muerte en el mar. Pero aún más trágica resulta la muerte precisamente en este mar, que es un mar de delicias. Aquí nada está preparado para el terrible acontecimiento.

¿No es ese el hombre que cantaba ayer? ¿No es ese el hombre de los pies descalzos, de las calzas remanadas, de la colilla en la boca? ¿No es éste un viejo marinero que era como aquel que describiera magistralmente José María de Sagarra, arrancado de esa misma tierra, aquel Luard, mitad navegante, mitad sofista, que pasaba de refilón por el carnaval de la vida con un aire indiferente y una mirada astuta y cándida a la vez? ¿No es ese, acaso, el hombre que pensábamos que no había de morir jamás?

Frente a nosotros no queda más que el mar tranquilo, sin un jadeo en la noche cálida. Es un mar tierno que calla y dormita.

El viejo marinero de Palamós era un hombre enjuto; era un servidor fiel, que había puesto los años al servicio de una barca y de una casa. Era uno de esos hombres que seastean un rato después de comer en el zaguán de la casa y que, a la caída de la tarde, se van un rato a la taberna cercana a tomar un vaso de vino. Allí, otros marineros entonan unas canciones que son, en el atardecer, como una dulce melopea: viejas habaneras del otro lado del mar; mazurcas y polcas de otros tiempos. En aquellos lugares y a aquella hora, el mar apenas suena; sólo es un estrépito lento y fatigado bajo la luna que empieza a levantarse, muy blanca y muy suave, en el centro del cielo.

El viejo marinero llevaba siempre una colilla apagada entre las comisuras de los labios. Su piel estriada era como un viejo madero reseco, casi de la corteza misma del pino. El viejo marinero conocía este mundo porque era el suyo, y porque aquél era un día como todos los demás días del estío; una mañana azul y dorada en la que empezaba a desvelarse el estrépito de las cigarras aturdidas por el calor; en que las lagartijas se quedaban paradas en la mitad del muro, ahtas de sol y de sopor.

Por que era un día como todos los días del estío, el viejo marinero preparó la pequeña barca para que los niños de la casa pudieran —lo que era su solaz preferido— dar una pequeña vuelta por la bahía. El mar estaba inmóvil y la pequeña embarcación partió con ese movimiento abúlico de los brazos del viejo marinero, que impulsaba rutinariamente los remos por los que se escurría a cada palada un hilillo de agua y sol. De pronto, y ya lejos de la orilla, un movimiento impensado —quizá de una de las criaturas, o quizá sólo un pequeño vaivén de una ola minúscula— hizo zozobrar la barquita. Otras veces las barcas zozobran, aun las más marineras; pero los niños eran cuatro y uno de ellos no podía siquiera braccar. El viejo marinero se hundió hacia él para llevarlo hacia la superficie y lo retuvo y lo consiguió. Pero eran muchos minutos, un largo espacio de tiempo; los brazos del viejo marinero ya no eran los brazos de otro tiempo; y cuando llegaron los demás y pudieron sacar aquella pequeña partida de naufragos y pudieron dejarlos en la playa, el viejo marinero ya casi no respiraba. Allí, sobre la arena húmeda, un equipo de médicos se esforzó inútilmente por devolverlo a la vida. Parece que a los lejos sonaba todavía el eco de una alegre habanera de ultramar y que los ojos del viejo marinero hubieran quedado absortos escuchando no se sabe qué extraña melodía.

Toda la costa está de luto. El sol es hoy un

sol aciago y triste. Los pinos son manchones trágicos en la intemperie. Hay en la soledad, cuando cae la noche, los ojos atónitos de un bicho.

el precio de gobernar

Uno de los signos de prosperidad más elocuentes que nos ha sido dado observar en estos años lo tenemos en una breve pero sucinta noticia de prensa leída hace poco: «Los miembros del Parlamento holandés han decidido, por total unanimidad, subirse el sueldo en un cincuenta por ciento.»

No sabemos exactamente cuál era la cuantía de la asignación que cobran los dignos miembros del Poder legislativo de Holanda. La carrera parlamentaria, en todos los países, acostumbra a ser escasamente remunerada. Hemos oído afirmar, muchas veces, que en los países democráticos hay gente que vive de la política. Nos parece, sin embargo, que esta afirmación es aventurada, en la mayoría de los casos. Muchos son los políticos de los países europeos a quienes el obtener un acta de diputado les cuesta lo suyo; la política origina en el seno de los hogares infinidad de diatribas domésticas. La mayor parte de las esposas de los diputados consideran, en tales casos, a sus maridos unos seres totalmente chiflados, que en lugar de dedicarse a una actividad apacible y rediticia, se lanzan al despilfarro y a la edolce vitia de

mitos y cohetes

Josefina Carabias aludía, en una de sus crónicas, a la guerra de ondas que se ha desatado con motivo del lanzamiento del «Telstar». Como es sabido, este satélite artificial está destinado, en principio, a transmitir imágenes del otro lado de nuestro propio planeta. Mientras el «Telstar» gira incesantemente alrededor de la Tierra, nosotros tenemos la impresión de que un enorme ojo bicevo y astuto nos está espionando desde la estratosfera. En adelante ya no habrá secreto que guardar, ni intimidad segura, ni inmunidad física posible para este observador mecánico y silencioso que servirá de trampa a los acontecimientos de uno a otro hemisferio. El desprevénido ser humano, que antes miraba patéticamente a la luna, hoy se siente mirado por ella o por algo muy semejante a ella. Es la última condición antigua a la que nos faltaba renunciar: nunca más podremos sentirnos absolutamente solos.

La empresa del lanzamiento ha sido un gran avance de las organizaciones americanas para la investigación científica más allá de nuestro hemisferio. Pero, en este caso, el hecho tiene una particularidad importante: por primera vez se ha hecho cargo del cohete una compañía privada destinada a explotar los enormes beneficios que en su día puede rendir. Se puede afirmar, pues, que ésta es la primera vez en la historia del Universo que se pone a la venta una parcela de cielo. Más que de una inversión, se trata de una propulsión del dinero hacia lo alto. Nunca hubiéramos podido imaginar que el azulado cander del éter —eso que cantaron con vehemencia los poetas románticos— pudiera ser objeto de especulación. En adelante llegará un día en que se pueda, verbigracia, patentar la luna; registrar a Marte en el registro de la propiedad; traspasar Flu-

la política, con grave quebranto de los intereses familiares.

La medida nos parece digna de encomio y muy respetable, siempre y cuando la economía holandesa —cosa que no dudamos— pueda soportar ese aumento de gastos. Pero, en cambio, se nos antoja que es un mal precedente para los demás; porque es un signo de salud que, difícilmente, el resto de los mortales —o por lo menos el resto de los holandeses— aceptará sin reacción. Nos parece que la ambición suprema de todo ser humano consistiría en esto: aumentarse a sí mismo su propio caudal, aunque fuera en un cincuenta por ciento. Ello equivaldría en cierto modo a la participación en una lotería en la que nosotros mismos —con ambición legal— pudiéramos hacer la trampa y darnos el gordo.

De todos modos, la noticia implica un optimismo y una seguridad en las bases del mundo occidental que nos rodea. Hasta hace un año existía una especie de pudor entre los elementos políticos, consistente en que jamás nos habrían públicamente de sus ingresos ni de sus gastos. La noticia que ha divulgado la prensa puede ser el principio de una transparencia absoluta en este orden de confidencias. Ya no resulta peligroso para nadie saber que los diputados se pueden aumentar el sueldo cuando les dé la gana —o cuando lo consideren inevitable—, porque, como se dice en términos usuales, «la casa es fuerte». ¡Ojalá con los años podamos —todos los hombres de Occidente— decir que gobernar es un servicio bien pagado!

tón a una Inmobiliaria. Una buena parte de las fricciones que existen entre los Estados y la U. R. S. S. dependen de la estimación económica que se dé a esas zonas inabstibles y metafísicas que son los cielos que intaran Rafael o el Greco. Ahora, símbolo mecánico del tiempo, los horadan y los cruzan con estrépito satélites artificiales. A cada pasada del cohete se ven venir alejando, bandadas de ángeles estupefactos. ¿Existe una absoluta necesidad —nos preguntamos— de enturbiar los cielos con esos adelantos? No se nos tome por retrógrados y aguafiestas. Sabemos muy bien que nos divertirá captar, por intermedio del artificio, seriales policíacos del otro lado del Atlántico; que nos será muy grato pensar que los encantos de Marilyn Monroe, pongamos por caso, han tenido que subirse a la Luna para entrar en nuestro comedor. Pero ¿qué pensará, allí arriba, las Musas del Olimpo, los espectros éteos? ¿No nos exponemos a una invasión fantasmal de represalia y que respondan a la profanación de nuestros fantasmas con otra profanación? ¿No vendrán, acaso, a turbarnos la vigilia los Hamlets taciturnos, los Quijotes ficticios desde su mundo de papel y de viento, en respuesta a la exótica intrusión, en los cielos solemnes y sombríos, de una bailarina americana exhibida en el paroxismo del «twist»?

Este es el riesgo que nosotros nos permitimos apuntar; más que el del pugilato entre Francia y los Estados Unidos por la supremacía de la transmisión de las imágenes, o entre Rusia y el Occidente por la victoria en las zonas destempladas de lo alto. La verdadera guerra de las imágenes empezará el día en que, hastiados de la invasión, los fantasmas de la estratosfera se subleven y vengan a nuestro mundo a amargarnos la existencia, en nombre del silencio y de la soledad de la Mitología.